

XXXV Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2019

CORDELIA, CRISÁLIDA

JAVIER IZCUE ARGANDOÑA

ACCÉSIT

El 12 de Julio de 2019,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Elvira Navarro Ponferrada, Antonio
Parra Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Hernández Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima
quinta edición al cuento titulado Cordelia, crisálida,
de Javier Izcue Argandoña.

Javier Izcue Argandoña, nació en Pamplona. Licenciado en Filología Hispánica y Máster en Español como Lengua Extranjera. Dedicado profesionalmente a la enseñanza.

Su trabajo como creador se ha movido en varios territorios literarios. Para el público infantil ha escrito y publicado cuentos, y tres obras de teatro representadas (*Historia de Muri*, *Invierno SOS*, *iRebelión diyeridú!*). El libro de versos *Amaranta en Venecia* se alzó con el premio de poesía infantil "El Príncipe Preguntón" de la Diputación de Granada. Ha escrito, también, dos obras de teatro para jóvenes, *Primera vez* y *Sentymentalia*, representadas y publicadas. Tiene así mismo publicadas sendas versiones de *Edipo rey* y *El retrato de Dorian Gray*, en la biblioteca Teide de clásicos adaptados.

Ha recibido una treintena de Premios Literarios en géneros dispares como el relato, el microrrelato, la declaración de amor, el tanatocuento, la microhistoria por SMS, la poesía, las adaptaciones literarias, el teatro para niños, el cuento infantil...

CORDELIA, CRISÁLIDA

Le gustaba salir corriendo a la calle con su traje de hombre pájaro, bajo las plumas desnuda, descalza. Los vecinos la conocían y la protegían del mundo exterior que comenzaba más allá de los árboles y el muro de piedra, sólo una niña retraída en un mundo que no perdona errores. Imprevisibles eran sus vuelos bajo los flamboyanes, estremecedores. Emitía un gorjeo sutil y extremado que hacía que el viejo Tom, Thomas Tinker, agonizante en su buhardilla, dejara escapar una gota de agua clorótica de sus ojos ciegos, cubiertos de una membrana glauca y muerta, y mantuviera acezante su corazón una jornada más, otra.

Sólo Rose Mary, la maestra, reparó un día en que estas apariciones solían coincidir con mañanas de bruma, de celajes en el aire, con instantes en que la luz se torna una gasa de seda cruda. En el estanque leves nubes de efímeras bailaban su frenesí desquiciado. Galería adentro, los insectos serraban la madera, con sus palpos la martilleaban, la trituraban con sus mandíbulas.

En la mañana inexorablemente brumosa, la insignificante maestra estuvo esperando su aparición. La vio desde el ventanal de la escuela. Era temprano. Sintió una punzada lenta y voraz al percibir algo nuevo, promesa de pechos que se estremecían bajo la primera luz. Era carne en metamorfosis, crisálida de deseo. Tomó una manta y salió a la vereda.

-Ven, Cordelia, ven aquí, pequeña.

Cubrió el cuerpo de la muchacha. Más tarde comprendería que no era la única que la espiaba, que acechaba los progresos de la niña tonta. Ian, el hijo de los Allerton, se declaró secreta pero oficialmente su primer novio, y a la salida de la escuela, que había abandonado hacía dos años, la llevaba al viejo invernadero de los Jensen, y, rodeado de plantas de osmunda y bromelias, se aprovechaba de las ausencias de la joven, que se dejaba besar y tocar sin resistencia y sin deseo, res.

El último día de su vida, Rose Mary pensó que quizá allí Cordelia aprendió que el amor es hurgamiento, herraje, herida. Pero estaba equivocada. Cordelia eso lo había sabido mucho antes, todo lo había vivido mucho antes que los otros, o quizá lo había heredado en su orfandad. Y esta verdad la había aprendido mucho más atrás, sí, sentada en las rodillas de su tío Pete, o eso reclamó él, que regresó vencido de Vietnam, aniquilado, pero con su ansia encendida, el afán de la

venganza sobre los inocentes. Ella era irreductible a sus urgencias, a la brusquedad de sus deseos en aquellas tardes sofocantes en las que se oía el zumbido de los colibríes embriagados de néctar. Sólo al volver a su camastro sintió una tarde un hilito de sangre clara que le bajaba por la rodilla, y le mojaba los pies, hasta sentir frío en sus dedos. Enterrados, los sapos esperan meses la lluvia torrencial que los librá de su monumento.

No dijo nada. Nunca decía nada. No es que fuera muda o no comprendiera cuando le hablaban, a pesar de su fama de simple. Es que era incapaz de imaginar que esperaban de ella que hablara, o que se vistiera al salir a la calle o al sentarse para defecar cerrara la puerta de la caseta para que desde el camino no la viera todo el mundo allí, inmóvil, en éxtasis. Sólo emitía gorjeos, trinos, un parpar, algún arrullo cuando se ponía el traje de hombre pájaro que había visto cuando Rose Mary las había llevado a la Feria de Charleston. Cordelia estaba tan excitada que tuvo que comprárselo por 19,99 dólares. Nunca había habido en su cara tal expresión de éxtasis, nunca como al regreso en el autobús, posada junto al asiento del conductor volando, volando de vuelta a casa con su traje de hombre pájaro que aturdí a los automovilistas con los que se cruzaban.

Su reino era ya para siempre el mundo de lo alado desde que una noche bajó un ángel y posándose a su cabecera habló en anunciación a su oído interior palabras iluminadas con pan de oro del jardín de las delicias, en el que todo es vuelo y batir inconsútil de alas, pura fragancia y frescor en ríos de leche y miel. Quién sabe cuántas predicaciones bajo carpa había escuchado muy niña, cuántas inmersiones y bautismos *shakers* había presenciado, cuántas advertencias de los viejos profetas, cuánto pecado impronunciable la habían marcado, mientras vivía con su abuela Evangelina. La muerte centenaria de la anciana era ahora un borroso recuerdo, pero reveló ser el instante en que brotó el silencio blanco en el que se había refugiado Cordelia, distraída, beatífica. Los dedos de su abuela le trenzaban el cabello y lo ungían de un sirope secreto, fragante a madera ahumada, a cuero antiguo, que la hacía dormir de un tirón. Algunas noches su abuela le dejaba en la almohada una pluma encarnada de cardenal, una piedra de río, un broche antiguo.

Cordelia se levantó en estado de trance y se puso el traje de hombre pájaro para salir a la calle, sin arredrarle la nieve que amortiguaba la vida ahí fuera,

los pasos, los sentidos, la sangre. Qué rara la nieve, qué infrecuente tan al sur.

Como sus padres no estaban, si lo habían hecho alguna vez, y la abuela Evily había muerto hacía siglos, y vivía en el viejo cobertizo, era Rose Mary la que se encargaba de que tuviera comida y ropa, a menudo del Ejército de Salvación, de los mercadillos dominicales, de las almonedas de las familias que se mudaban al Norte en busca de fortuna, por lo que iba siempre vestida en pasado, derrota y melancolía, otra persona. Era también Rose Mary la que la bañaba una vez a la semana, cada vez más asustada al comprobar que Cordelia iba abriéndose en una carne arrebatadora, estremecida una tarde al ver que una sombra oscura y prohibida le crecía en las axilas y le bajaba desde el ombligo al lugar donde abandonada y deliciosamente, tarde de abril o de mayo, no sé, Cordelia se daba placer.

-No, Cordelia, no —le dijo, o, tal vez, quería decirle la mínima maestra, que comprendió al momento que su interdicción era ridícula, absurdo ese esperar que la vida no viva.

Hasta que un día, mientras Rose Mary le leía un salmo triste sobre el exilio en Babilonia, Cordelia tomó la mano de la maestra y se hizo el amor con ella.

Por la mañana, como los niños descubrieron extrañados la escuela cerrada, el alguacil fue a casa de Rose Mary y la encontró colgada de una viga del techo, tan breve que parecía suspendida. En su delicado informe, que excluía todo tipo de violencia sexual, si toda no lo es, el detective Bob Nolano omitió la extraña sonrisa de la solterona, no adjuntó como prueba la leve pluma que asomaba del sexo, por lo demás, intocado.

-La pluma, -le aseguró una bióloga de la Universidad de Savannah-, es de un ave del paraíso.

Cuatro años después Nolano, que se tatuó una imagen del ave en el pecho, se llevaría ese cabo suelto con él, cuando en una discusión de tráfico, un adolescente atiborrado de cristal le descerrajó seis tiros. Pero cómo podía saber que Cordelia la había robado cuando los llevaron al Museo de Ciencias Naturales de Atlanta. Además de con la pluma, y una postal de un emú, regresó con la jubilosa fe

de que un ave es un dinosaurio que se ha vuelto ángel, de que las plumas llevan al placer, y a Dios.

Cuando su abuela murió, pasó la noche cubriéndola de plumas. Al reparar en su ausencia de la escuela y descubrirla con el cadáver, todo el mundo pensó que la niña, además de retrasada, se había vuelto loca. Las mujeres empezaban a temer su desnudez que inquietaba a los perros y que, en tanto se desarrollaba, afectaba a sus hijos adolescentes que se masturbaban metódica y melancólicamente pensando en esa princesa ida, abandonada. Temblaban febriles al ver que se iba llenando de pechos, de caderas, que a veces parecían brillar en la bruma de las mañanas, mientras los caimanes de las ciénagas emiten lentos himnos de amor haciendo vibrar el agua. Escondidos en sus garajes, los hombres la deseaban y querían morir un momento en esa blancura que huía, en esa estela de plumas y de ángeles.

Era cuestión de tiempo. El instrumento de tanto deseo empozado fue simplemente Miles Standish, el hijo mayor de William y Priscilla, de la granja Three Oaks, escoria que se purgaba realizando trabajos para la comunidad. El deseo, a veces, estalla de improviso y arrebató a la violencia a un hombre, al metálico sabor de la sangre. Eso le pasó a Miles, que huyó en un tren de carga, se supone, y al que nadie volvió a ver, aunque a Constance Hopkins le pareció reconocerlo una vez en Cuernavaca, México, o alguien que se le parecía tanto, pero habían pasado los años... Cuando todo acaba, queda un asco indecible, y odio, y el mandamiento imperativo del olvido y de la destrucción.

Cordelia despertó entumecida por el frío de la noche, magullada, pero no sucia. A pesar de todo. Qué rara tanta pureza, en una tierra de hombres. Un autillo, desde una oquedad emitía un himno fúnebre por el verano que moría. Se tocó el sexo Cordelia, que manaba sangre, que manaba linfa. Se llevó el dedo a la boca y recordó a su abuela Evangelina, cubierta de plumas, arrugada, eterna. La boca le sabía a cenizas, a pezuñas.

El fin del mundo había llegado. Todo acabado. Regresó a su nido y, poniéndose el traje de hombre pájaro, salió bajo las plumas desnuda, descalza. A la niebla. Subió a lo alto de la torre de la iglesia. Chió desesperada como el pollo mudado llama a sus padres, que no han de regresar porque la estación ha

concluido. Rugió como las trompetas frente a las murallas de Jericó. Suspiró con la resignación de quien presiente el aleteo del ángel exterminador. Los vecinos, como se confesarían unos a otros con el pasar de los años, se despertaron bañados en sudor, aterrorizados, con la angustia de bestias atrapadas en el hielo. Tan al sur.

El primer frío es un heraldo de la muerte, y eso lo sabe toda carne.

Cordelia batió las alas y una leve neblina de ceniza cubrió el pueblo. Saltó al vacío, que la sostuvo.

